

La cara oculta de la agresividad

Victoria Molina

En los últimos tiempos nos hemos familiarizado con el concepto de agresividad. El tema de la violencia está prácticamente en todos lados: los hogares, las noticias, los comentarios. Muchos se preguntan si el ser humano es hoy más agresivo que en el pasado. La respuesta, al parecer, nadie la conoce a ciencia cierta, pero sí sabemos que la historia de la humanidad está llena de ejemplos de crueldad y agresividad en sus diversas manifestaciones. La bibliografía al respecto es muy abundante y diversa, y, por tanto, polémica: para algunos, la agresión es una conducta adquirida, para otros es una parte constitutiva del ser humano. Con las reflexiones expresadas a continuación, dejamos la discusión abierta.

Empecemos por las definiciones generales. El diccionario de la Real Academia Española define agresión como: “Acto de acometer a alguien para matarlo, herirlo o hacerle daño. Ataque armado de una nación contra otra, sin declaración previa”. Y agresividad como: “Tendencia a actuar o a responder violentamente”. Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, en su diccionario de psicoanálisis dicen de la agresividad: “Tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o imaginarias, dirigidas a dañar a otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc.”. Las definiciones dejan claro lo que es la agresividad, sin embargo, nos interesa saber, más o menos, de dónde viene esa agresividad, cómo surge en el ser humano, para lo cual seguiremos con la línea psicoanalítica.

En el ser humano existen dos tendencias pulsionales adversas; una parte de ellas se coordinan en la mayoría de las funciones vitales, pero otras se contraponen y luchan entre sí. A estas dos pulsiones (impulsos) Freud las denominó pulsión de vida – Eros – y pulsión de muerte – Tánatos. Eros tiende a la unión y la conservación de la vida; Tánatos, por el contrario, pugna por disolver la unión, tiende a la destrucción.

Freud afirma que la agresividad es una disposición pulsional, una tendencia intrínseca de la naturaleza humana y como tal, exige satisfacción. Puede dirigirse hacia el exterior (destruccion, hostilidad, agresión, violencia...), o bien, hacia el interior (autoagresión, autocastigo...), de forma que, para evitar su autodestrucción, el ser humano debe dirigir la agresividad hacia el exterior. En su obra ‘El malestar en la cultura’ menciona: “El hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osará defenderse si se le atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad”. Y dice también: “la agresividad humana es el obstáculo más importante para el desarrollo de la cultura”. Dado que tal hostilidad no conviene a la sociedad porque provoca su desintegración, dificulta el trabajo y reduce la productividad humana, la cultura se ve obligada a realizar esfuerzos para poner barreras a los impulsos agresivos; mecanismos para contener esas fuerzas como son las restricciones sexuales, legales, los preceptos morales, ideales, etc. Sin embargo, con esto solamente se logra controlar las manifestaciones más obvias, pero no así las más sutiles, como los comportamientos hostiles en los pequeños círculos sociales: compañeros de escuela, de trabajo, relaciones familiares, etc.

La cultura es un proceso al servicio de Eros, que busca unir a los individuos conformando lo

que llamamos “sociedades”, mientras que Tánatos busca la destrucción de esas uniones. Esta idea implica que para poder vivir – y convivir – en sociedad, será necesario restringir una buena parte de los impulsos agresivos inherentes en el ser humano. O sea que se sacrifica la satisfacción del componente agresivo a cambio de cierta seguridad que puede proporcionar el vivir en un contexto sociocultural. La cultura, entonces, no permite la libre tramitación de las pulsiones, generando un malestar que surge de este inevitable desencuentro entre lo pulsional y lo cultural, para todos los seres humanos.

Frente a este hecho, Freud considera que sólo es posible la convivencia humana cuando se cohesionan los individuos en una mayoría que resulta más fuerte que los individuos aislados, siendo este paso de lo individual a lo colectivo el paso cultural decisivo. Esto quiere decir que el sujeto renuncia a la satisfacción de sus pulsiones a cambio de la seguridad y protección que le brinda la inserción en la cultura, regulada por leyes que ponen un coto a la satisfacción pulsional directa. Actualmente, se hace referencia a una fractura de los lazos sociales, la cual no tiene que ver con la ausencia de leyes que protejan y cuiden de la seguridad de las personas, sino con las dificultades para su aplicación.

Para la conformación y regulación de los vínculos sociales, es necesario que el sujeto capte y absorba la ley, sin esto no sería posible la constitución del sujeto ni el entrelazamiento de éste con el cuerpo social. Y con este mecanismo de captura de la ley, aparece la culpa, que revela la interiorización de la ley en la subjetividad y nos otorga la conciencia moral. La cultura domina la agresividad del individuo mediante esa conciencia moral. Y la culpa es el resultado del conflicto de ambivalencia (la lucha entre Eros y Tánatos). La culpa se expresa en la necesidad de castigo y éste se puede dirigir contra uno mismo o al exterior en forma de agresión.

En estos momentos ya podemos ubicar a la agresión como una manifestación de Tánatos, sin embargo, cabe aclarar que no hay pulsión de muerte y de vida puras, sino distintas combinaciones de las mismas. Aunque tengan fines radicalmente opuestos, la pulsión de muerte y la pulsión de vida aparecen siempre combinadas, mezcladas en proporciones variables. “El prototipo de la compleja unión-desunión de ambas pulsiones es el sadomasoquismo”. Otro ejemplo más sencillo lo vemos cuando la pulsión de muerte es orientada hacia el mundo exterior, como impulso de agresión y destrucción, que es también una manifestación al servicio de Eros, porque destruiría algo exterior y no a sí mismo: mato/daño a otro para no matarme/dañarme yo.

La pulsión de muerte no puede estar ausente de ningún proceso de la vida. Cada una de estas pulsiones es tan indispensable como la otra y “la acción eficaz conjugada y contrapuesta de ambas permite explicar los fenómenos de la vida”.

Este entreverado pulsional también se presenta en los lazos sociales que estrecha el ser humano, por lo que las pulsiones agresivas acompañan a todo vínculo, incluso a aquellos teñidos de amor y ternura.

El amor es una de las bases de la cultura. Para que la vida continúe, Eros debe luchar constantemente contra Tánatos. La participación del amor en la génesis de la conciencia moral y el carácter fatal e inevitable del sentimiento de culpa, que es la expresión del conflicto de ambivalencia de la lucha eterna entre Eros y Tánatos, es el conflicto que se entabla toda vez que se plantea al ser humano la convivencia.

En la línea de pensamiento que hemos descrito, parecería que los seres humanos somos esencialmente ‘malos’ sin remedio, pero la verdad es que no es así. Sólo se han descrito los

hechos reales de nuestra naturaleza humana. La agresividad humana es una realidad concreta. Se vive en carne propia y se visualiza en los otros. Las condiciones sociales enajenantes la desencadenan. No es posible eliminar la agresividad necesaria para la supervivencia de la especie, pero cada día parecen necesitarse mayores dosis para procurar la integridad física y psíquica. Esto es cierto, pero también lo es que los seres humanos tenemos otras capacidades y mecanismos psíquicos que nos ayudan a enfrentar estas situaciones.

Sabemos que, a pesar de su represión, las pulsiones no pueden dominarse por completo y siempre buscarán satisfacerse, éstas buscan nuevos modos de satisfacción cuando no pueden hacerlo de un modo directo y lo encuentran, ya sea por la vía del amor, la sublimación o el síntoma (siendo, evidentemente, el síntoma, el camino menos sano). Con esto podemos ver que sí existen formas de tramitación de los impulsos; podemos ser personas que manejamos nuestros impulsos, o personas que somos manejadas por nuestros impulsos; la decisión es nuestra.

El propio Freud habló del “doloroso proceso de civilización que conduce a la sublimación y a una organización racional de los instintos”. La tarea específica del ser humano es la dominación pulsional. La sublimación de las pulsiones es un rasgo particularmente destacado de la cultura que posibilita los desarrollos científicos, artísticos, ideológicos, humanizantes, etc.

Por tanto, todo instinto destructivo puede transformarse en conciencia. Y gracias a este proceso, la civilización logra dominar el peligroso deseo que el individuo siente de agredir, debilitándolo y desarmándolo, y montando dentro de él un organismo para vigilarlo: la conciencia moral. El objetivo del instinto, entonces, no se debilita, sino que se dirige hacia otros fines socialmente válidos. Las normas sociales permiten canalizar las pulsiones agresivas, transformándolas en conductas aceptables y socialmente útiles. De esta forma, la sociedad ayuda a sublimar la agresividad, que puede expresarse de forma no destructiva a través de la ironía, la fantasía, el humor, los juegos de competición, el compromiso con un ideal, la lucha por la transformación social, etc.

El control y manejo adecuado de los impulsos nos conducen a un mejor trabajo para nosotros mismos y para los demás.

El ser humano nace con una serie de características y capacidades, que se actualizan y potencian de acuerdo con, o dependiendo de la sociedad en la que vive y de su propio proceso de construcción personal. Así, la capacidad para odiar y amar está presente en todas las personas; si bien aprendemos a comportarnos de forma pacífica o violenta en función del entorno cultural en que vivimos. Por ello, podemos afirmar que existe una construcción cultural de la violencia y de la paz, así como una construcción de nosotros mismos como violentos o pacíficos. En definitiva, el ser humano es modelado por la cultura; dependiendo tanto de su forma de convivir con los demás, como de la sociedad y del contexto cultural que le rodea.

Los elementos básicos de la manifestación del instinto de muerte permiten repensar las relaciones interpersonales en el presente desde una perspectiva realista, aceptando al ser humano con sus tendencias ambivalentes de capacidad de amar y de odiar, de crear y de destruir.